

En la sociedad de consumo actual, los productos tecnológicos y bienes de uso cotidiano son reemplazados con una rapidez sin precedentes. Esto no solo se debe a los avances tecnológicos, sino también a una estrategia empresarial conocida como obsolescencia programada, la cual consiste en diseñar productos con una vida útil deliberadamente limitada para incentivar su reemplazo y aumentar las ventas. Este fenómeno afecta tanto a los consumidores como al medio ambiente, generando consecuencias económicas y sociales... La obsolescencia programada se define como la planificación o programación del fin de la vida útil de un producto desde su diseño o fabricación. Su objetivo es que el consumidor se vea obligado a adquirir un nuevo producto en un periodo determinado, generando un ciclo de consumo constante. El término comenzó a usarse en la década de 1930, aunque se popularizó en los años 50, cuando las empresas comenzaron a implementar esta estrategia de manera sistemática. Existen diferentes formas de obsolescencia programada. La obsolescencia técnica ocurre cuando un producto deja de funcionar correctamente o se vuelve inutilizable debido al desgaste de sus componentes o a un fallo deliberadamente diseñado. La obsolescencia funcional sucede cuando un producto deja de ser compatible con nuevas versiones o tecnologías, aunque siga funcionando, como sucede con el software que deja de actualizarse. También existe la obsolescencia estética, que se basa en cambios de diseño o estilo que hacen que el producto parezca anticuado o fuera de moda.

Finalmente, la obsolescencia percibida se da cuando el consumidor siente la necesidad de reemplazar un producto aunque este funcione perfectamente, motivado por la publicidad o tendencias del mercado. Algunos ejemplos comunes de obsolescencia programada incluyen los teléfonos inteligentes, muchos de los cuales pierden soporte de actualizaciones después de pocos años, reduciendo su funcionalidad. Los electrodomésticos, como lavadoras, impresoras o bombillas, también presentan fallos después de cierto tiempo de uso. En el caso de los automóviles, algunos modelos nuevos introducen componentes electrónicos que dificultan la reparación y fomentan el reemplazo. En el ámbito de la moda y la tecnología vestible, la industria promueve constantemente nuevas colecciones o modelos para incentivar el consumo. Las consecuencias de la obsolescencia programada son amplias. En el aspecto económico, genera mayores ingresos para las empresas, pero también un gasto constante para los consumidores. En el ámbito social, promueve una cultura de consumo desmedido y reduce la valoración de la durabilidad. Desde el punto de vista ambiental, contribuye al aumento de residuos electrónicos, al uso excesivo de recursos naturales y a la contaminación por desechos no reciclables. Frente a esta situación, existen diversas medidas para combatir la obsolescencia programada. Algunos países, como Francia, han aprobado leyes que la penalizan como delito. Los movimientos ciudadanos promueven el derecho a reparar, exigiendo que los consumidores puedan reparar fácilmente sus dispositivos. También se fomenta la educación y el consumo responsable, para que las personas adquieran conciencia ecológica y practiquen un consumo sostenible. Por último, algunas empresas apuestan por el diseño sostenible, fabricando productos duraderos, modulares y reciclables. La obsolescencia programada refleja una problemática profunda del modelo económico actual, basado en el consumo constante y el desperdicio. Sin embargo, la creciente conciencia social, las leyes más

estrictas y la innovación sostenible ofrecen esperanza para un futuro donde los productos sean más duraderos y respetuosos con el medio ambiente. El reto es equilibrar el desarrollo económico con la responsabilidad ambiental y ética hacia los consumidores.